

dirigentes promovieron reformas estatutarias para eternizarse en sus cargos sin rendir cuentas a nadie. Sin ese compromiso, la dirigente nacional del SNTE impulsó la formación de su propio partido: el PANAL. Posteriormente, el ex priista Dante Delgado promovió la creación de otro, primero llamado Convergencia y hoy Movimiento Ciudadano.

El principal señalado en 2018 fue el presidente Enrique Peña Nieto, que en plena campaña presidencial —además de la frivolidad y la corrupción que caracterizaron a su gobierno— promovió la persecución legal por parte de la PGR contra el candidato del PAN-PRD-MC, Ricardo Anaya, que sólo obtuvo el 22.27% de la votación.

Siguieron los gobernadores que no respaldaron a sus candidatos locales, dejándolos al libre juego de las fuerzas políticas y apoyando subrepticamente a Morena con dinero sucio (como el caso del dinero entregado a Pío López Obrador por parte de un gobernador o el affaire “Ahumada” y el señor de las ligas) para fortalecer el proyecto de Morena y Andrés Manuel López Obrador. Esos gobernadores fueron premiados posteriormente con embajadas, consulados y posiciones en el Senado. Fue el caso de los exgobernadores de Sinaloa, Sonora, Oaxaca, Hidalgo,



Chiapas, y quedó en duda Del Mazo, del Estado de México, por los desprendimientos políticos generados en su entidad.

Otros fenómenos de descomposición política se vivieron ese año en México: hijos o nietos de exgobernadores del PRI postulados a gubernaturas por Morena (Américo Villarreal, en Tamaulipas; Juan Sabines, en Chiapas; Layda Sansores, en Campeche); de

esposos a esposas en Puebla (Moreno Valle–Martha Érika Alonso); de hermano a hermano en Coahuila (familia Moreira); de padre precandidato a hija heredera en Guerrero (Evelyn Salgado). Y los gobernadores Víctor Cervera en Yucatán (9 años) y Ángel Aguirre (1999 y 2011) en Guerrero, que después de haber sido gobernadores interinos fueron postulados nuevamente por el PRI y el PRD. Mención especial merece el caso de la familia Monreal, en Zacatecas, donde un tercer miembro de la familia busca suceder a su hermano en el gobierno. Quienes procediendo de otros partidos engrosaron las filas de Morena y del gobierno de AMLO entre 2018 y 2024, ofrecieron una nueva cultura política asegurando que al pasarse al partido en el gobierno “se habría bañado en el Ganges para purificarse”, para darle otro sesgo a sus vidas y carreras. No ocurrió así. Siguió con los vicios y sus arraigadas costumbres: perpetuarse en los cargos de elección popular, favorecer a sus familiares para cargos públicos y asociar a sus conocidos y amigos para beneficiarse con contratos de obras y servicios. Nada nuevo bajo el sol. Eso relajó la disciplina, provocó el desencanto ciudadano y amplió las franjas del dominio territorial de la delincuencia organizada vinculada

con la política en México, todo eso ha derivado en la participación del hampa en la selección de candidatos al servicio de intereses particulares y el asesinato de dirigentes políticos, alcaldes y funcionarios públicos que seguramente no cumplieron compromisos adquiridos. Todo un nuevo fenómeno de la política mexicana —junto al de la persecución oficial a los críticos y la ausencia de diálogo y cerrazón con los adversarios— que nos llegó con la transición del 2018 en lugar de una nueva cultura política más democrática, lo que ha generado un ambiente de incertidumbre, tensiones y temores ciudadanos que antes no existían.

¿Esas son las nuevas aportaciones de lo que ellos han denominado una nueva cultura política? No hay tal, y me temo que no la habrá en el corto plazo, por más optimismo que refleje el discurso oficial en su propia versión —distante de la realidad, por un lado, y falta de principios, improvisación y deformaciones políticas de las tribus guindas, por el otro—. Ahí está el dilema, que seguramente tendrá una primera respuesta en la elección del 2027.

**\* Presidente de la Fundación Colosio. Correo: bulmarop@gmail.com**

